

La(s) retórica(s) en el Renacimiento

HENRY CAMPOS VARGAS

*Dialectica dicet, rhetorica movet.
Lutero*

Resumen

El propósito de este artículo es mostrar que no existe una única retórica, sino múltiples conceptos respecto de esta disciplina. Así lo demuestra la existencia de revolucionarias perspectivas retóricas en el Renacimiento, de las cuales, este ensayo es solo una muestra.

Palabras clave: retórica, discurso, lengua, retóricas renacentistas.

Abstract

This article shows that there is not a unique rhetoric but multiple concepts of this discipline. The revolutionary rhetorical perspectives that flourished in the Renaissance testify the multiple views of rhetoric as exhibited in this essay.

Key words: rhetoric, discourse, language, Renaissance rhetorical perspectives.

No es posible hablar de *retórica* -en singular- durante el Renacimiento, un período en el que se escribieron numerosos libros atinentes a esta materia en latín, italiano, francés, español, griego, inglés, alemán, polaco, bohemio, holandés, danés, sueco y galés, según Murphy (1999: 35).

En un provocador estudio (*Mil autores olvidados: panorama e importancia de la retórica en el Renacimiento*), James J. Murphy ofrece el siguiente canon de los veinte retóricos citados por todos los estudiosos del período:

Rudolf Agricola, Francis Bacon, Leonard Cox, Desiderius Erasmus, Pierre Fabri, Thomas Farnaby, Abraham Fraunce, Luis de Granada, Justus Lipsius, Philip Melanchthon, Marius Nizolius, Henry Peacham, George Puttenham, Richard Rainolde, Peter Ramus, Johann Sturm, Joannes Susenbrotus, George Trapesuntius, Juan Luis Vives, Thomas Wilson. (1999: 36)

Sin embargo, para un período tan prolífico, la lista, reconoce Murphy, es reducida; basta considerar que, solo en su estudio sobre la *Teoría gramatical en el occidente europeo*, Arthur Padley cita a treinta y dos gramáticos, de los cuales todos, absolutamente todos, escribieron sobre retórica.

La realidad es alarmante, afirma Murphy:

La evidencia básica de que aún no hemos comprendido totalmente el panorama de esta materia es que parece haber al menos mil autores renacentistas de obras retóricas, no veinte o treinta (para empezar, hay más de mil incunables): un vasto e inexplorado tesoro de información sobre la comunicación humana. (1999: 40)

Este gran vacío ha impedido tener una idea precisa del desarrollo, contenido y evolución de la retórica en el Renacimiento. Conscientes de esta limitación, es conveniente ofrecer al público en general una imagen de lo que esta rama del saber llegó a ser durante este período.

Sabido es que la Edad Media tuvo la retórica como eje capital de su sistema de enseñanza. *En el Septennium*, formó parte del Trivium (el estudio de las letras), una especie de taxonomía de la palabra (Barthes, 1974: 27) que comprendía la Grammatica, la Dialectica y la Rethorica. Su complemento, el llamado Quadrivium, versaba sobre la ciencia de la época, los secretos de la naturaleza, representada en la *Musica, la Arithmetica, la Geometria y, por último, la Astronomia*.

Dos obras, *De Inventione y Rethorica ad Herenium*, fueron el eje de la enseñanza retórica en el medioevo (la segunda, atribuida erróneamente a Cicerón -lo cual contribuyó a su pervivencia-). A estos textos solo podrían adicionarse los fragmentos de unos pocos autores latinos tardíos (Monfasani, 1999: 212). *Instituta Oratoriae* de Quintiliano, uno de los autores favoritos de Lutero y Melanchton (Joachim Dick, 1999: 278), no fue conocida en su totalidad sino hasta 1416, año en que Poggio descubrió un manuscrito completo (Ward, 1999: 192). De la retórica griega, se leyó la obra homónima de Aristóteles, mas su estudio fue reservado a la ética y la psicología. *La Rhetorica ad Alexandrum*, el tratado *De elocutione* y el discurso *Ad Demonium* tuvieron una circulación limitada.

La retórica bizantina medieval se mantuvo fiel a sus orígenes durante más de dos mil años. Fue prácticamente desconocida en la Europa Central. Tres de sus pilares fueron Hermógenes de Tarso, Jorge de Trevisonda y Demetrio Falero. El primero de ellos, "(...) tuvo una influencia significativa en Occidente, pero nunca llegó a alcanzar el predominio que había conseguido en Bizancio" (Monfasani, 1999: 221).

La recepción del pensamiento de Bizancio es deudora de una obra de capital importancia, el corpus aldino, publicado por Aldo Manuzio entre 1499 y 1513 en Venecia, el cual ofrecía

(...) un corpus de epistológrafos griegos, un corpus de oradores griegos, y un corpus de retóricos griegos, incluyendo los principales comentarios bizantinos sobre Hermógenes. Con este núcleo de texto de la tradición retórica bizantina, ahora fácilmente accesibles, el Renacimiento tenía básicamente lo que quería de la tradición bizantina de retórica (Monfasani, 1999: 220).

Este panorama muestra cuán restringido y limitado fue el conocimiento de la retórica a lo largo de la Edad Media. Sin embargo, durante el Renacimiento,

Occidente tuvo acceso a todo el corpus de la literatura retórica griega y los productos de su antigua oratoria, amén de incontables composiciones latinas.

Para los pensadores renacentistas, la retórica fue rescatada como uno de los cinco *studia humanitatis*, un conjunto de cinco áreas, principio de la educación de la época, que incluía gramática, retórica, historia, poesía y ética. Gracias a la invención de la imprenta en 1453 (inicio de la era *Guttemberg*), la retórica humanista se transformó en literatura impresa en un sentido completamente nuevo (Schanze, 1999: 136). A partir de entonces, la *elocutio* prevalece sobre la *actio*, la *memoria* y la *inventio* - ciertamente, estas últimas fueron estudiadas con otros encabezamientos en este período (Schanze, 1999: 147). No es casual, pues, que muy pocos humanistas fueran políticos.

El panorama descrito determinó que, grosso modo, la retórica renacentista se caracteriza por:

- 1) Aparición de las primeras retóricas vernáculas.
- 2) Publicación de retóricas generales que coexisten con retóricas especiales.
- 3) Desarrollo de retóricas especiales como la epistolográfica, la notarial, la homilética, la cortesana -Francia del siglo XVI-, algunas de las cuales existieron durante la Edad Media, por ejemplo, el *ars dictaminis* y el sermón.
- 4) Impresión de formularios, guías o modelos para la composición (práctica existente durante la Edad Media).
- 5) Búsqueda de una *nueva retórica* que complemente el renacimiento de la antigua.
- 6) Paralelamente, la tendencia contraria: exposición tradicional de la retórica en representantes eminentes.
- 7) Traducción, comentario y glosa de autores desconocidos durante la Edad Media. De Cicerón se traducen los discursos, hasta entonces ignotos. Todas estas ediciones se reimprimen en numerosas ocasiones.
- 8) Disminución de los comentarios y traducciones de la *Rethorica ad Herenium* y el *De Inventione*.
- 9) La *inventio* pierde su hegemonía en favor de la *elocutio* y el ingenio. En términos generales, adquiere cierta primacía la retórica como estilística (producto de la influencia de la retórica bizantina).
- 10) La retórica se erige como una herramienta de interpretación de los clásicos y de la Biblia.
- 11) Los humanistas presentan su obra principalmente como retórica y literatura impresa, exclusión hecha de aquella parte correspondiente a la discusión teológico-política, representada en la Reforma Protestante y la ulterior Contrarreforma Católica.

Estas características se constatan en dos ámbitos geográficos importantes: España y Alemania.

Para Don Abbott, el Renacimiento español fue una verdadera *edad de oro de la retórica* (1999: 132). Los escritos de tres distintas personalidades, Juan

Luis Vives, Juan Huarte de San Juan y Baltasar Gracián, correspondientes, por su orden, a los períodos inicial, medio y tardío, lo comprueban.

Juan Luis Vives ofrece, quizás, la propuesta retórica antigua más moderna. Él concibió la retórica como una teoría del *sermo communis*, área de estudio recientemente atendida por la teoría del análisis del discurso. En *De ratione dicendi*, este autor expuso:

La materia de este arte es el lenguaje, y éste, tomado en préstamo, no propio. Su propósito, el bien hablar, y el del artífice, manifestar lo que siente, o inducir a lo que quiere, o excitar o calmar a alguien la pasión. (1998: 13)

Viene a la memoria otro teórico de la retórica, Gorgias. En el homónimo diálogo platónico, él afirmaba que el objeto de la retórica es el discurso (449e). Acosado por Sócrates, la caricatura que Platón pintó del célebre pensador de Leontinos resultó, de manera sorprendente, incapaz de sostener esta respuesta inicial, por lo que se vio obligado a abandonar su tesis inicial y volcar toda su energía retórica en tratar de plantear algún tipo de especificidad en los discursos retóricos: la retórica tuvo que esperar cerca de mil años para encontrar un autor capaz de rescatar aquella respuesta y sostenerla: Luis Vives. Con él, la retórica, por primera vez en la historia, es asumida como la forma natural del habla (*dicendi naturalis forma*), visión que, por su amplitud, coincide con la propuesta de una Retórica General Textual planteada en nuestros días por el profesor García Berrio, coterráneo de Vives (López Eire, 1997: 79).

Vives escribió varias obras atinentes al ámbito retórico; las principales fueron: *De disciplinis* (1531), en especial los siete libros que componen el libro *De causis corruptarum artium* y *De ratione dicendi* (1532). Empero, han pasado desapercibidas por largo tiempo, pese a desarrollar una propuesta radicalmente novedosa. Vives mismo calificó su propio trabajo como “(...) teoría de los preceptos de este arte (...) totalmente nueva y muy distinta de aquella antigua y común” (1998: Praefatio 9).

La obra de Juan Luis Vives se erigió contra los pseudodialécticos y la lógica aristotélica; el motivo, la excesiva abstracción de ambas escuelas. Para atacarlos, Vives declaró que el *sermo communis* y *vulgaris*, tal y como antes se ha dicho, son el mundo de la retórica, una idea revolucionaria en su época que tuvo que esperar cerca de quinientos años para resurgir en los estudios modernos sobre el discurso cotidiano. Para Vives, éste es el único lenguaje válido, el lenguaje vivo por excelencia, en contra de las características del lenguaje artificial de la dialéctica escolástica y la lógica. Declarar la primacía del lenguaje común en aquella y cualquier otra época era amenazar la base del sistema institucional. Es fácil comprender por qué fue convenientemente ignorado.

Vives también fue leal a su época. En su obra, la *elocutio* ocupó un lugar central. Pero fue más allá que sus contemporáneos: rechazó los tradicionales *officia oratoris* (*inventio*, *dispositio*, *elocutio*, *memoria* y *actio*) para declarar que la retórica únicamente se encargaba de la *elocutio*.

Grosso modo, Vives centró su atención en la lengua histórica (el *factum* contra el abstracto *ens*), un aspecto que dos siglos después fue retomado

por Vico, el célebre pensador italiano, lo que contribuiría a la formación del pensamiento moderno.

Juan Huarte de San Juan y Baltasar Gracián son otros dos estudiosos españoles que, al igual que Vives, trataron de reestructurar la retórica (Abbott, 1999: 130).

En 1575, Huarte publicó *Examen de ingenios para las ciencias*, un estudio fisiológico a partir de Galeno para explicar el origen de la diversidad de las habilidades humanas (Abbott, 1999: 125). A partir de su examen, concluyó que la elocuencia deriva de la imaginación (ibid: 126). De aquí llegó a afirmar que las características de la retórica, en particular la inventio, proceden “en primer lugar, de la imaginación, en segundo lugar, de la memoria” (ibid: 126).

Aunque Huarte cayó en una especie de determinismo fisiológico de las facultades humanas, sus ideas germinaron en

(...) la más decidida declaración del Siglo de Oro sobre la subyugación de la retórica a la imaginación y en la declaración más explícita de la división entre elocuencia y entendimiento. (Abbott, 1999: 127)

Baltasar Gracián, en cambio, pretendió rechazar la retórica, aunque hizo todo lo contrario. Dedicó su obra *Agudeza y arte de ingenio* (1649) “(...) al Ingenio, la agudeza en arte, teórica flamante, que aunque se traslucen algunas de sus sutilezas en la Retórica, aun no llegan a vislumbres” (citado por Abbott: 128).

En realidad, su esfuerzo se dirigió a

(...) subsumir poética y retórica en una teoría universal de la expresión. (...) Lo que Gracián hace es recuperar la invención y reasignarla a la imaginación y transformar los temas desde los asientos del argumento a las fuentes de la agudeza. (Abbott, 1999: 130)

Este proyecto nuevamente trae a la memoria la ya aludida *Retórica General Textual* de García Berrido.

La retórica alemana del Renacimiento, por su parte, se erigió sobre tres pilares: Desiderio Erasmo de Rotterdam, Martín Lutero y Philipp Melanchthon. Ellos representan, por su orden, el desarrollo de la retórica literaria, la retórica luterana y la implantación de un nuevo sistema educativo.

Erasmo acompañó su profunda erudición con la elocuencia, en busca de una síntesis entre poética y retórica, modelo para sus contemporáneos, no así para los pensadores del siglo XVIII. Al respecto, Helmut Schanze indica:

(...) es un hecho que a finales del siglo XVIII se puede dictaminar la muerte de la “antigua” retórica, como unidad de producción y recepción, pero al mismo tiempo, coincidiendo con una progresiva separación de teoría y praxis, se trata de descubrir una nueva unidad entre teoría de la producción y sistema de análisis, aunque sin el supuesto de un fundamento “retórico” incuestionable. (1999: 86)

Erasmo escribió obras de trasfondo retórico como *De ratione studii* y *De duplici copia rerum et verborum*. En esta última, propuso la “fórmula res et

verba (que) constituyó una sistematización básica del sistema clásico, muy fructífera para el sistema educativo y las escuelas de la época moderna” (Schanze, 1999: 149).

Novum Testamentum Graece (1516) fue una obra que integró sus concepciones teológicas y retóricas en su versión del primer versículo del Evangelio de San Juan: “*In principio erat sermo*” (I, 1).

La palabra viva, *res et verba*, expresa su enfrentamiento con la dialéctica y lógica medievales. De asociaciones igualmente teológicas es la propuesta de Martín Lutero, quien funda la retórica protestante.

En primer lugar, (...) en el núcleo de la teología luterana, en el concepto de fe (fides), el concepto correspondiente de la retórica ha sido asimilado y productivamente transformado. En segundo lugar, Klaus Dockhorn y Birgit Stolt en particular, han probado que el concepto de Lutero del Espíritu Santo corresponde a la idea de un orador universal. Tercero, han demostrado que el apotegma luterano “*verbum facit fides*” es de naturaleza genuinamente retórica. Por último, Heinz Otto Burger, en particular, ha señalado el carácter retórico de la teoría y práctica de la traducción de la Biblia de Lutero. (Schanze, 1999: 149)

Empero, para Helmut Schanze, la diferencia existente entre las perspectivas erasmiana y luterana consiste en que el primero se dirige a oradores humanos, mientras que el segundo, a un orador divino. Esta retórica fue ampliamente cultivada a través de la teoría y práctica del sermón, así como en la escuela.

Por su parte, Melanchthon, el *Praeceptor Germaniae*, formula y organiza “(...) el vasto sistema de educación protestante, en cuyo marco se ha concedido a la nueva retórica un papel decisivo” (Schanze, 1999: 150).

Para la Reforma Protestante,

(...) el sermón, como vehículo para propagar la nueva doctrina, recurría tanto a la estructura como al lenguaje de la Retórica, y esto explica por qué Melanchthon es de la opinión de que el arte de predicar es, hasta cierto punto, parte de la reflexión de la Retórica (“*rhetorica quoniam ratio concionandi illius artis quedam vel pars vel imago est*”), de la cual él tomó prestados varios paradigmas, aunque con ligeras modificaciones de su forma. (Dyck, 1999: 264)

Sin embargo, Erasmo, Lutero y Melanchthon establecen un vínculo entre la retórica y la palabra divina, la Biblia. La retórica, así,

se convierte en un instrumento de interpretación sólo cuando los cristianos comienzan a examinar de un modo crítico tanto la civilización romana como la postura de que la Biblia es un texto para exigir y educar a los lectores, escrito de acuerdo con las reglas de la Retórica. (Dyck, 1999: 265)

No cabe duda de que esta noción se encontraba estrechamente vinculada a la noción luterana del Espíritu Santo como un *orador universal* (Schanze, 1999:

149): la retórica se convierte en material de estudio y método hermenéutico (Dyck, 1999: 266). En palabras de Erasmus Sacer, el predicador luterano debía ser: “un retórico y un dialéctico, es decir, debe enseñar y exhortar” (Dyck, 1999: 268).

Una herramienta interpretativa, esta visión de la retórica supera el modelo del legendo quintiliano que, junto al *scribendo* y el *loquendo* eran disciplinas propias del arte del orador, tal y como expresan las *Instituta oratoriae*:

Pero estos preceptos de la elocución, al paso que es necesario entenderlos bien, no son suficientes para formar un verdadero orador a no juntarse a ellos una cierta facilidad invariable que los griegos llaman exis, hábito o facilidad; de la que no ignoro se disputan sobre si se adquiere escribiendo o leyendo o perorando (X, I).

Empero, no se trata de la propuesta de lo que hoy se identifica como una Teoría Literaria, noción que, en alguna medida, sí está presente en la asunción de la retórica como instrumento para la interpretación textual.

Tres son las obras propiamente retóricas de Melanchthon: *De rhetorica* (1519), *Institutiones rhetoricae* (1521) y *Elementorum rhetoricae* (1531) (Schanze, 1999: 150), pero es en su *De officiis concionatoris* (1529) donde formula un planteamiento revolucionario: la existencia de un cuarto genus. Aristóteles había identificado la existencia de tres tipos (*genera*) de discurso: el deliberativo -propio de las discusiones de las asambleas del pueblo-, el forense -limitado a la esfera judicial- y el epidíctico -referido al espectáculo- (Schanze, 1999: 3.1).

Melanchthon es el primero en cuestionar en Alemania esta división tripartita. Aunque la toma como base de su sistema, fue el primero en agregar un cuarto género, el homilético o *genus didascalicon*. John O'Malley (1999) explica esta propuesta en los siguientes términos:

En el *De officiis*, Melanchthon define su teoría sobre la predicación empleando tres genera: el didascalicum, que enseña la verdadera doctrina, el epitrepticum, que exhorta a la fe, el paraeneticum, que exhorta a las buenas costumbres morales. El epitrepticum y el paraeneticum se consideran exhortaciones, adaptaciones del clásico genus deliberativum. (287-288)

Su contemporáneo Juan Luis Vives fue más allá de este cuestionamiento al negar la operatividad absoluta de tales divisiones, tal y como antes se indicó.

Melanchthon también integró la dialéctica filosófica y la *inventio* retórica, subordinando esta última, en sus tres obras retóricas, a la “búsqueda de la verdad”. Esto significó que “(...) mientras la *inventio* se fue haciendo cada vez más una disciplina filosófica en la tradición escolar, el núcleo de la instrucción retórica terminó centrándose en la *elocutio*” (Schanze, 1999: 151).

Pese a su compromiso con el protestantismo,

La moderada teología erudita de Melanchthon aseguró a la tradición retórica un lugar en el sistema de educación, y éste no fue puesto en duda hasta

la llegada del Romanticismo y el neohumanismo en Alemania alrededor de 1800, cuando las nuevas filosofía y estética idealista comenzaron a ocupar su lugar (Schanze, 1999: 138).

Aunque breve, la revisión hecha de algunos retóricos renacentistas pone de manifiesto que la posición de privilegio dada tradicionalmente a la *Retórica* de Aristóteles en ciertos ámbitos, oculta la existencia de múltiples y diversas propuestas retóricas; éste es un error que habrá de corregirse.

Nuestra época se caracteriza por un nuevo renacimiento, si no resurrección, de la retórica en Europa desde hace aproximadamente cincuenta años, proceso que coincide con numerosas de las características apuntadas de la retórica en el Renacimiento. No sólo se revalora a los clásicos, sino que se busca sistemáticamente una nueva retórica, anhelo constante en escritores contemporáneos como Perelman, Barthes y Antonio López Eire. En la consecución de esta meta conviene recordar los errores y aciertos del pasado, sin olvidar que, en todo momento, la retórica es un don divino, mas una empresa humana.

Bibliografía

- Abbott, Don (1999). La retórica y el Renacimiento: una perspectiva de la teoría española. En *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre la teoría y la práctica de la retórica renacentista* (pp.121-132). Madrid: Visor Libros.
- Aristóteles (1999). *Retórica*. 2a. reimpresión. Madrid: Editorial Gredos, S. A.
- Barthes, Roland (1974). *Investigaciones retóricas I. La antigua retórica. Ayudamemoria*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Dyck, Joachim. (1999). El primer tratado alemán sobre el arte de la oratoria sagrada. El Pastorales de Erasmus Sarcer y la retórica clásica. En *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre la teoría y la práctica de la retórica renacentista* (pp. 263-282). Madrid: Visor Libros.
- Fabio Quintiliano, M. (1887). *Instituciones Oratorias*. Tomo II. Madrid: Librería de la Viuda de Hernando y Cía.
- López Eire, Antonio (1997). *Retórica clásica y teoría literaria moderna*. Madrid: Arco/ Libros, S. L.
- Monfasani, John (1999). La tradición retórica bizantina y el Renacimiento. En *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre la teoría y la práctica de la retórica renacentista* (pp. 211-227). Madrid: Visor Libros.
- Murphy, James, J. (1999). Mil autores olvidados: panorama e importancia de la retórica en el Renacimiento. En *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre la teoría y la práctica de la retórica renacentista* (pp. 33-52). Madrid: Visor Libros.
- O'Malley, John W. (1999). Contenido y formas retóricas en tratados del siglo XVI sobre predicación. En *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre la teoría y la práctica de la retórica renacentista* (pp. 283-300). Madrid: Visor Libros.

-
- Schanze, Helmut (1999). Problemas y tendencias en la historia de la retórica alemana hasta 1500. En *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre la teoría y la práctica de la retórica renacentista* (pp. 133-156). Madrid: Visor Libros.
- Vives, Juan Luis (1998). *El arte retórica (De ratione dicendi)*. Edición bilingüe. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Ward, John O. (1999). Los comentaristas de la retórica ciceroniana en el Renacimiento. En *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre la teoría y la práctica de la retórica renacentista* (pp. 157-210). Madrid: Visor Libros.